

BE PROMISE

propensos a la misericordia

1. ¿Propenso? ¡Doctor, doctor, ¿qué me está pasando?!

Según el Diccionario de la RAE, propenso es alguien o algo con tendencia o inclinación a algo. No especifica si esta tendencia es negativa o positiva. Sin embargo, habitualmente utilizamos la palabra “propensión” en el ámbito de la salud, y así, sobre todo, somos propensos a enfermedades o a comportamientos que nos pueden poner en riesgo. Es difícil escuchar a alguien que es propenso a algo positivo. La misma palabra “propensión” acarrea un matiz inquietante, incluso, yo diría, negativo.

¿Entonces? ¿Se puede ser propenso a algo positivo? He aquí una primera paradoja.

Podríamos ir más allá. Cuando uno descubre que es propenso a algo (generalmente, a una enfermedad o un vicio, o un defecto del carácter) suele pensar en tomar medidas. Es decir, una propensión no es simplemente una tendencia, aquello a lo que tenemos inclinación se vive como una amenaza. ¿Y si realmente sucede aquello a lo que somos propensos?

Ser propenso a algo no conlleva que eso deba suceder de una manera ineludible. Sin embargo, tiñe de negatividad, de sombra, nuestro presente. La amenaza no se ha cumplido ni tiene por qué cumplirse, pero nuestros sistemas de alerta saltan y nuestras defensas se ponen en pie de guerra.

Es curioso. Gran parte del tiempo que tenemos para vivir lo empleamos en tomar medidas contra miles de propensiones. Invertimos tanto tiempo en evitar posibles acontecimientos negativos hacia los que tenemos cierta tendencia: planes de pensiones, porque somos propensos a quedarnos sin nada en la jubilación; estudios exigentes y con salida, porque somos propensos al paro; dieta sana, porque somos propensos al colesterol; compromisos frágiles, porque somos propensos al fracaso...

Vivimos generalmente aterrorizados por miles de males sobre los que no tenemos ningún control ni sabemos siquiera que nos vayan a pasar a nosotros.

Y entonces la palabra “propenso” de adjetivo se convierte en sustantivo. Somos propensos, estamos totalmente inclinados hacia el miedo. Todo nos da pánico y el terror marca casi todas nuestras decisiones.

¿Por qué elegiste la carrera? ¿Por qué te has hecho un seguro? ¿Por qué fuiste a esta escuela y no a otra? ¿Por qué no confías en fulano? ¿Por qué no expresas lo que sientes? ¿Por qué no te muestras como eres? ¿Por qué no pides perdón?

Por miedo a que suceda lo que tú temes. Un miedo que solo existe en tu mente. Vives propenso a la propensión.

2. Una frase en el espejo

Una vez leí la siguiente historia:

“Una vez me tocó compartir cuarto en una residencia universitaria con un compañero que vivía constantemente atezado por sus miedos. Su atención a todo lo que le ocurría era extrema, tratando de evitar que ocurriese lo que tanto temía. Tenía miedo a suspender, a que le atracasen, a que sus padres se separasen, a que lloviese el día de la boda de su hermano. El intentaba controlar todos los detalles que estaban en su mano y esto le llevaba a un estado de ansiedad constante.

Con los años se fue dando cuenta de que esta actitud era irracional y no le aportaba más que angustia vital.

Un día descubrí que había escrito un mensaje a sí mismo en la esquina superior derecha del espejo del cuarto de baño que compartíamos: “Por el hecho de que yo lo tema, no tiene porqué ocurrir”.

En aquel momento me pareció muy sabia la frase. Muchas de las cosas que tememos nos estresan y angustian, y sin embargo, muchas veces ni siquiera ocurren. En cualquier caso ¿por qué empezar a temerlas antes de que ocurran?

A los pocos días enfermó mi padre de una enfermedad terminal. Duró una semana. Fue muy duro. Sin embargo, durante toda la semana mi padre no hacía más que insistir: “no temas, me voy, pero eso no es lo más importante. Lo más importante es que he vivido y he podido conocer a mis hijos. Y eso vale más que la muerte”. Siempre se me quedarán grabadas esas palabras. Yo había temido la muerte de mi padre tanto que, a veces me desesperaba pensar en ello. Cuando murió experimenté dolor, por supuesto, pero también una paz misteriosa.

Cuando regresé a la facultad, entré en mi cuarto, fui al baño y escribí en el espejo esta frase, debajo de la de mi compañero: “Aunque ocurra, no tengo porqué temerlo”.

Lo que nos amenaza irremediamente, a lo que realmente estamos inclinados, a lo que somos constitutivamente tendentes es la vida.

3. Sentenciados a la misericordia

Más que el miedo a lo malo que nos pueda ocurrir influye en nosotros el miedo a que nos dejen de amar, a no ser valorados, a quedarnos irremediamente solos.

En esa angustia vive mucha gente. Por eso nos maquillamos, hacemos deporte para perder peso, modulamos nuestra voz, intentamos ser amables, nos aprendemos algunos chistes de memoria, ensayamos miradas, etc.

Queremos gustar, atraer, encandilar, fascinar, enamorar. Y para ello invertimos el tiempo y la energía que tenemos a nuestra disposición. Pero el amor no se compra, ni se gana. El amor es siempre gratuito y por tanto no siempre es correspondido. Y eso nos pone nerviosísimos. Creemos que depende de nosotros el que nos quieran. Nada más lejos de la realidad.

Nosotros ya hemos sido amados. Es más, hemos sido amados sin condiciones, sin solicitarnos permiso, de una manera irrevocable.

El amor nos rodea por todas partes, sin ni siquiera solicitarlo. Incluso la persona más huérfana del planeta, la más despreciada, es posible que encuentre la generosa mano de alguien que, desinteresadamente, le ayuda y le atiende.

Dios nos ha amado sin preguntarnos. Sin pararse a calcular si le convendría hacerlo. No repara en la posibilidad de que nuestro amor sea desagradecido y no le compense por tanta molestia. Dios ama. Y punto.

No solo eso. Dios ama la miseria. De entre todo lo que somos y nos constituye, Dios se quedaría con lo más pequeño, insignificante y despreciable de nosotros mismos. Eso es la misericordia: amar lo miserable.

¿Cómo es posible que un Dios se enamore de lo que nosotros despreciamos? ¿Y si se ha enamorado de lo más bajo de mi persona, qué será cuando me mire en lo más noble?

Esta es la gran noticia. Dios lo ha decretado y no piensa arrepentirse. Si hay algo que está por suceder irremediablemente es la misericordia. Si algo somos propensos es a ser amados.

4. Los misterios de la misericordia

La misericordia hace huir al miedo cuando sabemos que es definitiva, que nada ni nadie nos la arrebatará. Pero no podemos quedarnos simplemente con esta constatación. Hay mucho miedo por el mundo. Algunos de esos miedos son injustificados pero, la mayoría están provocados por situaciones injustas y terribles. No podemos quedarnos en el papel de meros receptores, la misericordia tiende por su propia naturaleza a expandirse, a comunicarse, a llegar allí donde más se necesita.

Por eso, completamos nuestra reflexión proponiendo una dinámica para analizar la Parábola del Buen Samaritano. A través de enigmas y pistas nos vamos adentrando en la manera de ser de Dios y en la invitación que nos hace a seguir los pasos de este personaje absolutamente provocador: El samaritano. En él vemos cual es la manera de actuar de Dios, pero también encontramos un programa para nuestro propio comportamiento. La parábola nos lanza a una acción pautada, programada, eficaz: ver (saber mirar), acercarse (dejarse manchar por la realidad), conmoverse (dejarse herir por el dolor del otro), curar las heridas (tantos las físicas como las morales), pagar un rescate (comprometerse en la erradicación de las causas del mal).

Esperamos que esta reflexión junto con los materiales que os ofrecemos en la página web os ayuden a reflexionar y hacer reflexionar a vuestros jóvenes.

BE
PRO *pensos a la*
MISE *ricordia*